

 HARLEQUIN™

Jazmin™



DESAFIO
EVA RUTLAND

Jazmin

EVA RUTLAND

Desafío



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 1998 Eva Rutland
© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Desafío, n.º 1449 - julio 2021
Título original: Her Own Prince Charming
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.:978-84-1375-859-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

NO me gusta el pelo rojo -dijo Rae.

-Su pelo no es rojo, sino castaño -Whitney untó con mantequilla un trozo de tostada y le dio un mordisco-. Puede que tenga un toque rojizo, pero eso lo ilumina. A mí me gusta ese color.

-Lo que a ti te gusta es el color de su dinero... verde y cada vez más.

-Esa es la guinda del pastel -soltó una risita y alzó su taza-. Paula, caliéntamela, ¿quieres? O mejor aún, tráeme otra.

Paula se secó las manos, vació y volvió a llenar la taza de Paula mientras las dos hermanas continuaban.

-No debes albergar muchas esperanzas. Está en San Diego para el partido de polo, no para verte a ti.

Paula escuchaba mientras fregaba la sartén. El Polo Classic de San Diego, que se jugaba cada mes de octubre con el fin de recaudar dinero para una obra de caridad, llevaba semanas siendo el tema principal de conversación. En cuanto el yate Vandercamp atracó en el Club Náutico de San Diego y pudieron ver a Brad Vandercamp, que era uno de los participantes, él se convirtió en el tema principal. ¡Y no porque fuera el Príncipe del Polo! Era su dinero. Estaba soltero, libre y era el único heredero de los millones de los Vandercamp.

Todo San Diego se hallaba intrigado por el honor de su presencia. Bueno, al menos los elitistas que asistirían a los partidos de polo y a los grandes bailes posteriores a los eventos.

-¡Pero me verá! -afirmó Whitney convencida.

Paula, que percibió el destello de conquista en los ojos de Whitney, no dudó de que así sería. No es que fuera muy hermosa. Sus labios eran demasiado grandes y voluptuosos, y su nariz...

«Deja de ser mala», se reprendió mientras guardaba la sartén e iba al cuarto de la colada para separar la ropa. Whitney era bastante atractiva, con cabello negro y sensuales ojos oscuros. Pero principalmente lo que atraía a los hombres a su lado era la confianza y la invitadora sexualidad que irradiaba. Sí, el príncipe la vería, y Rae estaría celosa, y...

-¿Dónde está esa chica? -la voz de la señora Ashford, indistinta pero aguda, cortó sus pensamientos. Soltó la lencería que tenía en las manos y regresó con presteza a la cocina-. ¡Oh, ahí estás! ¿Por qué no me llevaste el café a mi cuarto?

-Lo siento, señora, pensé que aún dormía.

Mamie Ashford dejó caer su rolliza figura en una silla y se llevó la mano a una sien.

-¡Ay, mi pobre cabeza! ¡Cómo podría dormir con el escándalo que hay en esta casa! Chicas, ¿es que no sois capaces de parar vuestras disputas el tiempo suficiente para dejar que vuestra pobre madre descanse un poco?

Sus hijas se disculparon con profusión, insistiendo en que era culpa de la otra.

Paula depositó ante ella dos aspirinas y un vaso con zumo de tomate.

-Quizá esto la ayude, y en seguida le traigo el café.

-Madre, espero que no vayas a padecer una de tus desagradables migrañas -comentó Whitney-. Sabes que hoy debemos salir de compras.

-Oh, claro -intervino Rae-. ¡Whitney se quiere poner de punta en blanco para el baile de disfraces en el que piensa deslumbrar al príncipe!

-Como si tú no pensaras...

-¡Chicas! Mi cabeza... Y me siento un poco débil, creo que será mejor que coma algo. Paula, beicon y tal vez una de tus tostadas de canela.

-¡De inmediato! -sacó la sartén que acababa de lavar y esperó no tener que perderse otra vez una clase. Si conseguía acabar con la ropa y las camas antes de las doce, lo lograría. Siempre y cuando se marcharan de la casa antes de que a la señora Ashford se le ocurriera darle otra tarea. Deseó que la migraña no impidiera el día de compras.

Y no lo hizo. Tres tazas de café y un succulento desayuno obraron maravillas. O quizá fue la mención de Brad Vandercamp.

-¡Tan rico! ¡Y tan británico! -los ojos de Mamie Ashford adoptaron una expresión soñadora, como si fuera tan joven como sus hijas y pretendiera atraerlo.

-Y es tan atractivo -comentó Whitney.

-Tanto como su abuelo -comparó su madre-. ¡Y tengo entendido que igual de peligroso!

-¿Peligroso?

-Siente la misma tentación que él por una dama bonita. Una aventura tras otra, como el viejo. Cyrus Vandercamp, su abuelo, labró la fortuna familiar con los ferrocarriles. Pero se rumorea que se gastó una buena parte en aquella reina del cine de los treinta. ¡No era una dama, desde luego! Pero estuvo a punto de dejar a su familia. Me han dicho que fue un escándalo vergonzoso.

Rae indicó que jamás le toleraría eso a ningún hombre.

-En cuanto tenga su anillo en mi dedo -intervino Whitney-, Brad Vandercamp puede tener tantas amantes como quiera.

La señora Ashford coincidió en que el anillo era lo importante. Menos mal que sus hijas eran damas y no se conformarían con menos. Aunque esperaba que el príncipe del polo se pareciera más a su padre.

-¿Y eso? -preguntó Whitney.

-Ni un solo escándalo. Parece más interesado en jugar con minas de oro, pozos de petróleo y cosas por el estilo que con mujeres. Ha aumentado la fortuna de la familia en miles de millones de dólares. Se casó con una Lady. Alguien cuya familia era más pobre que los ratones. Dicen que transformó Balmour, la decrepita mansión de la familia de su mujer, en un lugar de ensueño. ¡Me encantaría verla!

-Bueno, nunca se sabe -Whitney volvió a sonar presumida-. ¿Has dicho que le gustan las damas bonitas?

-Sí, y eso es lo que tú eres -Mamie Ashford rió entre dientes-. Mucho más bonita que las demás que van a perseguirlo. ¿No será mejor que primero vayamos a Mademoiselle's Boutique? Seguro que habrá mucho ajetreo.

Se marcharon con bastante tiempo de antelación. Paula pudo terminar de lavar la ropa, limpiar la cocina y hacer los dormitorios antes de las once. A las once y media, se había duchado, vestido e iba en el autobús de camino a la universidad.

Desde que tenía uso de memoria había soñado con ser veterinaria. Le encantaban los animales, del minino más pequeño al caballo más grande del rancho Randolph en Wyoming, donde su padre era vaquero y su madre cocinera. En cuanto aprendió a leer la cautivaron las historias de James Herriot, el famoso veterinario que cuidaba de las ovejas y las reses en los páramos de Yorkshire. Todas las veces que podía, iba detrás de un vaquero o veterinario que atendía a una vaca o un caballo enfermos. Toby, el hijo del capataz, y ella planeaban casarse y comprarse un terreno propio. Él criaría caballos de carreras y ella sería veterinaria. Ese sueño había durado

hasta los dos primeros años de la universidad. Aquel otoño Toby se había enamorado locamente de una chica llamada Cynthia, y fue como si Paula hubiera perdido un ancla al que se hubiera aferrado toda la vida. Deshecha, olvidó los estudios y estuvo a punto de abandonar la universidad.

Fue su tío Lew quien le devolvió el equilibrio. Al verano siguiente, en la visita anual que realizaba al rancho, mantuvo una larga charla con ella.

-Toby es sólo un hombre entre millones. Encerrada en este sitio, has estado tan cerca de él que nunca miraste a tu alrededor. Y no olvides que aún te queda tu sueño. Toby no tiene nada que ver con que seas veterinaria. Eso depende de ti.

Tenía razón. Su carrera era algo suyo, una parte de su ser que ningún hombre le arrebataría. Decidió tenerla. Se sumergió en las clases, recuperó las horas perdidas y se graduó a tiempo. Pero no con los créditos suficientes para la anhelada beca que le permitiría entrar en la escuela de ciencias veterinarias.

Entonces volvió a experimentar el desastre. Su padre tuvo una enfermedad que ahogó el presupuesto familiar, y las perspectivas para asistir a la escuela de veterinaria se tornaron sombrías. Hablaban de las posibilidades cuando Lewis Grant, hermano de su padre, volvió para su visita anual. Se ofreció a pagar la mitad de la exorbitante matrícula, pero ni siquiera eso bastaría.

-Supongo que Paula tendrá que quedarse en el rancho este año -dijo Hank, su padre-. Quizá deba ayudar a su madre.

-Preferiría ayudarte a ti -indicó Lew.

Paula sonrió. Desde luego, su padre jamás le permitiría salir a las montañas, pero se hallaba cómoda sobre un caballo y le gustaba cuidar a los animales, e incluso en dos ocasiones había ayudado en un parto difícil de una res.

-Tienes razón -corroboró-. Prefiero ayudar a papá.

-No entiendo por qué alguien querría estar en un caballo, sufriendo el frío, en vez de calentito y cómodo en una abrigada cocina -comentó Lew-. No puedo entenderlo.

-A cada uno lo suyo -dijo Paula. Recordó que mucho tiempo atrás Lew había abandonado la vida del rancho por la ciudad. Cualquier ciudad. Después de viajar mucho y ejercer diversos trabajos, al final consiguió uno estable como chófer y factótum de un tal señor Angus Ashford de San Diego, California.

-Podríamos arreglarnos con la matrícula -intervino su madre, volviendo al tema principal-. Pero no con el alojamiento y la comida -la universidad del estado se hallaba a unos trescientos kilómetros de distancia.

Lewis estudió a Paula. Supo que él la entendía.

-¿Sigues con la obsesión de ser veterinaria? -preguntó. Ella asintió-. Bueno, quizá podrías ir a San Diego conmigo y asistir allí a la escuela -todos lo miraron. ¿Y dónde estaba la diferencia?-. Alojamiento y comida -explicó-. La asistente interna de los Ashford va a marcharse pronto -miró a Paula detenidamente-. ¿Tienes alguna objeción en realizar un poco de trabajo en la casa?

-¿Te refieres a como he hecho toda la vida? -Paula sonrió.

-Bueno -continuó sin dejar de estudiarla-. Puede que te lo consiga. No lo prometo, pero quizá... Y el viejo es un tipo bastante decente. Tal vez te dé tiempo libre para algunas clases.

Paula lo pensó y sintió que se animaba. La Universidad de San Diego.

-¿La universidad tiene una escuela de veterinaria? -preguntó.

-No lo sé -Lew titubeó. Luego se le iluminó el rostro rubicundo-. ¡Sí, claro que la tiene! Fue allí a donde llevé al collie del viejo cuando hubo que darle la inyección.

-¡Sería perfecto -los ojos de Paula se encendieron-. Es decir, si me admitieran -miró a su padre y leyó el mensaje en sus ojos antes de que hablara.

-No será como estar en el campus, y te hallarás muy lejos de nosotros.

-Yo estaré allí para cuidarla -dijo Lew-. No olvides que soy su padrino.

Cuando Hank asintió, Paula rodeó el cuello de Lew con los brazos.

-¡Gracias, gracias, gracias! Soy afortunada por tener un padrino mágico.

Sus padres rieron, pero Lew frunció el ceño.

-Aún no estamos allí. Será mejor que llame al viejo. Le contaré que mi muy inteligente sobrina desea ir a la escuela de veterinaria y que necesita un trabajo. Me lo debe. Después de conducir a un hombre a su casa y meterlo en la cama borracho algunas veces...

Así fue como sucedió. El desconocido señor Ashford aprobaba que una mujer joven tuviera ambición, y por supuesto no puso ninguna objeción a que acomodara su trabajo para poder asistir a las clases. Además, tenía algo de influencia. Debería llevar sus papeles de inmediato a la escuela, que él hablaría con el decano.

-¡Lew, eres maravilloso! -gritó Paula, abrazando a su tío.

-Puede que no lo pienses cuando conozcas a la señora Ashford -comentó-. Ninguna de las otras doncellas ha durado más de unas pocas semanas. Es dura. Y hay otra cosa -añadió con recelo-. Eres demasiado atractiva. Si pudieras ocultarte un poco... -la observó, como si tratara de disminuir su esbelta y elástica figura, las ondas doradas de su cabello, los ojos azules, alertas y brillantes.

-¿Y eso qué tiene que ver con la situación?

-Bueno, a la señora Ashford no le gusta que nadie supere a sus hijas.

-No entiendo.

-Son... ¿cómo lo diría? Han sido presentadas en sociedad este año, con fotos suyas en los periódicos y todo eso. La madre está obsesionada con que son más bonitas que todas las demás. Pertenecen a la alta sociedad, ya sabes, y tiene

grandes planes para ellas, como engancharlas con algún pez gordo que esté forrado.

-Por el amor del cielo, eso no tiene nada que ver conmigo. Yo seré la doncella. ¡Seguro que no mantendré relación con ellas!

-Cierto -coincidió Lewis, aunque aún se mostraba receloso-. De todos modos, menos mal que te contrataron sin verte.

La influencia de Angus Ashford hizo que la admitieran aquel otoño, y en contra de los deseos de su esposa, a Paula se le permitió sacar tiempo para las clases. Se mostró agradecida y trabajó con dureza las primeras horas de la mañana y a veces por la noche para que nada quedara sin recoger. Incluso la señora Ashford comenzó a depender de ella.

Pero cuando el hígado del señor Ashford no aguantó más y murió al año de haber llegado Paula, ésta temió que su mujer, que aún no había terminado de aceptarla, la despidiera.

Sin embargo, ahí intervino el destino. Resultó que Angus Ashford no sólo había sido más alcohólico que su esposa, sino también un inveterado jugador y mal inversor. A la muerte de su marido, la señora Ashford vio que sus ingresos se habían reducido. Tuvo que prescindir del jardinero y de la mujer que iba una vez a la semana a lavar la ropa y a limpiar a fondo.

La señora Ashford tendía a ser un poco necia, pero no era tonta. Sabía quién estaba dispuesto a hacer todo con buena disposición y quién no. Mantuvo a Lewis como chófer, jardinero y factótum. Paula se convirtió en la cocinera, encargada de la limpieza y doncella. Todo ello con poco aumento de los sueldos.

Paula no se quejó. Estaba acostumbrada al trabajo duro. «Soy afortunada por no haber tenido que dejar ninguna clase», pensó aquella tarde al unirse al grupo de química.

Cuando se marchaba, Link, uno de los chicos de su grupo de laboratorio, le aferró el brazo.

-Eh, Paula, algunos vamos a ir a jugar un partido de balonmano y luego a tomar una *pizza*. ¿Quieres venir?

-Me encantaría, Link, pero no dispongo de tiempo. Lo siento.

-Cielos, nunca tienes tiempo -se quejó el otro al marcharse con el grupo.

Paula los vio partir con añoranza. ¿Qué podía hacer? Debía regresar para preparar la cena.

Esa sensación de añoranza se intensificó aquella noche después de la cena cuando las mujeres Ashford exhibieron todas las prendas que habían comprado aquel día. El vestido negro que iba a llevar Whitney para el partido, los vestidos y las máscaras para el baile de disfraces y el vestido de chifón turquesa que sería un bombazo en la última gala.

-Este color realza mucho mis ojos, ¿no crees? -Whitney centró sus ojos sensuales en Paula-. Pero tendrás que meter un poco los hombros. No mucho -soltó una risita-. ¡No quiero estropear ese escote que lo va a dejar boquiabierto!

Rae intentó hablar mientras Whitney se pavoneaba ante el espejo.

-¿Te gusta cómo me sienta este azul, Paula? ¿Me peinarás para el baile? Ya sabes, como hiciste la semana pasada.

Paula alabó, prometió y trató de no sonar envidiosa. Pero al día siguiente, mientras retocaba el vestido de chifón, sus dedos acariciaron la suave tela. Nunca en su vida había tenido un vestido así. ¿Cómo le sentaría?

¿Por qué no verlo? Las tres habían salido a hacer más compras. ¿Qué daño podía hacer?

Rápidamente se quitó los vaqueros y la camisa. Se enfundó el vestido y subió la cremallera. Era demasiado